

CRÍTICA DE LIBROS

TALARN, A. (COMP.) (2007). *Globalización y salud mental*. Barcelona: Herder, 526 páginas.

En su sección de reseñas y crítica de libros *Anuario de Psicología* trata de potenciar siempre las múltiples miradas sobre un mismo texto y, en ocasiones, lo consigue. Esta vez hemos contado con dos puntos de vista distintos, quizá complementarios, sobre el libro de referencia, y nos sentimos satisfechos de ofrecer ambos al lector.

El libro, de 14 capítulos (6 de los cuales escritos por el compilador) trata de muchos temas relevantes en el mundo contemporáneo, desde la descripción de “la” sociedad” y la dinámica de esta “sociedad”, para pasar a temas de corte más psico(pato)lógico: reproducción asistida (N. Camps), fibromialgia (J. Ramos), adicción a internet y el uso del móvil (X. Sánchez-Carbonell y M. Beranuy), maltrato en la relación de pareja (J.A. Castillo y P. Medina), narcisismo (F. Sainz), pérdidas y depresión (B. Anguera) y el “Síndrome de Ulises” (J. Achotegui). Tres ejes parecen claves para entender el libro: el afán de novedad, el compromiso con un pensamiento crítico “único” y la orientación psicológica psicoanalítica.

El primer eje se encuentra totalmente justificado al ser el primer volumen dedicado a este tema en España. Y, por ello, ya merece la pena ser tomado en cuenta y leído con atención. El excesivo afán de novedad pesa en el sentido de que se echa de menos una delimitación conceptual (histórica o no) acerca de lo que es globalización, no globalización y anti-globalización, lo que podría haber servido para fijar los límites del discurso y poder, de este modo, escapar de cierto tufillo conspiracional e incluso “globalizador” en el que, como sucedía en la película de *JFK*, excepto algunos espectadores, casi todo el resto de seres humanos había “participado” de una u otra manera en la muerte del presidente Kennedy.

En cuanto al segundo eje, el libro destila una prosa brillante anti-globalización, con un pensamiento crítico “único” (la condena, sin paliativos, del modelo sociológico neoliberal, más en forma de cliché que de análisis profundo). Curiosamente se critica el pensamiento “único” como un fruto de la globalización y se utiliza “otro” pensamiento único como plataforma crítica. Y este sesgo, absolutamente justificable (cada autor puede defender sus ideas como mejor crea que debe hacer), limita el alcance y valor del libro, en la

medida en que se expresan, *velis nolis*, una serie de reducciones difíciles de mantener en un análisis objetivo del problema, entre las que llaman la atención las siguientes: *a)* la asimilación de la “sociedad” a una entidad homogénea en la que todos sus componentes deben funcionar, ser sometidos a las mismas fuerzas, tensiones y estresores y, subsecuentemente, reaccionan, más que accionan, de una única forma; *b)* la falta de perspectiva histórica e intercultural (se hacen escasas menciones a la historia de los problemas y de los fenómenos, y el caso de las relaciones familiares y el papel de los hijos son un par de ejemplos pero hay muchísimos más) con lo que, más que ser fiel a lo que se conoce, parece que se utiliza la historia para la ilustración de los aprioris que se quieren defender, lo que, siendo lícito en una obra de ficción y de ensayo, no parece muy justificado si se desea reflejar un estado de hechos y de ideas al respecto (esto es, resulta una pintura más o menos figurativa, pero de ninguna manera una ecografía o una radiografía); *c)* esta falta de calado histórico y teórico lleva a definir escasamente lo que significa “globalización” (como movimiento y teoría, así como los movimientos anti-globalización, en sus acciones y teorías) y sin este criterio de demarcación claro, identifican las ciencias contemporáneas (por cierto, algunas, y no todas, tampoco se sabe por qué) progreso, injusticia social y desajustes en el progreso de los países, con globalización (lo que acerca la tesis al borde conspirativo paranoide en la que “todos son malos” y solamente el crítico de la situación es bueno; en todo caso, los laboratorios farmacéuticos son los peores); *d)* análisis cercano a la caricatura de los integrismos y fanatismos contemporáneos que parecen, asimismo, fruto de la “globalización” (sin que se recoja la idea de la globalización de ese mismo movimiento) sin referencia alguna a toda la tradición psicológica sobre personalidad autoritaria y dogmatismo; *e)* algo similar hay que decir respecto al feminismo y a la relación entre hombres y mujeres en nuestra sociedad contemporánea; *f)* el sistema de “validación” de las afirmaciones que se vierten en el texto: se apela a informaciones muy dispares que, sin solución de continuidad, pasan de la serotonina a la sintomatología patológica (explicable, mayoritariamente por datos sociológicos), pasando por afirmaciones psicoanalíticas. Lo que, aun siendo poco usual, puede resultar atractivo, aunque de alcance muy limitado en nuestros días a menos que se utilice, tan solo, como una llamada de atención, como una denuncia de algunas de las injusticias que existen en nuestros días; y, para no alargar más este inventario, *g)* las relaciones entre globalización/antiglobalización y modernismo/postmodernismo (el postmodernismo “pasó” por nuestro panorama cultural sin atención sería excepto el libro del profesor Pinillos *El corazón del laberinto*, y bien está que se haya dedicado un volumen a la “globalización”) brillan por su ausencia, menos de 15 referencias en todo el libro al postmodernismo y ninguna a la anti-globalización.

En tercer lugar, la orientación psicoanalítica. El sesgo reductivo en autores y tratamiento de los temas es grave. El tema de la globalización y sus relaciones con valores es un tema que está siendo tratado desde perspectivas de psicología científica desde hace más de una década; el tema de la familia, de las relaciones afectivas (íntimas, la psicología del amor), el estudio de los afectos y los sistemas de creencias y actitudes son muy numerosos en psicología y abundan en resultados y teorías mucho más allá de Bowlby y algunos más. Estos estudios han demostrado de forma clara que el ser humano no funciona, al menos en nuestros días, como un mecano y la psicología positiva ha incorporado (lo está haciendo) elementos que antes no habían sido tomados en consideración; y con la incorporación de estos conocimientos, la imagen del ser humano y de la sociedad en la que vivimos, posiblemente y con la globalización a cuestas, sería otra que la que se propone en el libro.

Un par de reflexiones finales más quizá merezcan la pena señalarse: (1) la “sociología” no explica la “psicología”, como la bioquímica no explica la psicopatología (tampoco, hoy por hoy, al revés), y las explicaciones *post hoc, propter hoc*, sin propuesta de hipótesis explicativas y predicciones que se puedan evaluar transforma el pensamiento “científico sociológico” en filosofía o ideología (lo que no es malo, pero sí muy insuficiente) y aleja los resultados de los análisis expuestos (en los que se mezclan muchísimas cosas que se mueven a muy distintos niveles) de un pensamiento que pueda fermentar el conocimiento que tenemos con la ciencia psicológica y (2) existe una carencia total de alternativas de pensamiento “positivo”, de acción y de críticas a opciones ideológicas alternativas al “neoliberalismo” (y desde luego existen, incluso como “otras globalizaciones”). Y, una de dos, o lo que tenemos es lo que tenemos y mejorable o es lo peor de los mundos posibles (excepto alguna excepción que se recoge, pero que no es nada abundante, ni representativa). Personalmente creo que no existe más que en el desideratum de muchos políticos (incluso de los científicos que se introducen en la política) la firme creencia de “un” pensamiento único sino que existen casi tantos “pensamientos únicos” como grupos y grupúsculos existen en cada núcleo social. Y, desde luego, resulta muy difícil de casar globalización con individualismo a nivel operativo.

En resumen: un libro que debería ser leído y pensado. Y que debería ser continuado con otros o desde otra perspectiva, o con otro tipo de análisis en el que se incluyeran algunas propuestas junto a los movimientos anti-globalización, probablemente tan integristas como los fanatismos de tipo religioso o ecologista. Felicidades al compilador y al resto de autores, al menos porque, como estas líneas demuestran, parece que, afortunadamente, nos encontramos algo alejados de ese pensamiento único, pese a los esfuerzos que el neoliberalismo económico y el socialismo económico y político intentan lograr; la psicología y el pensamiento psicológico, al menos, se escapa. Como, por otra parte, ha hecho siempre, desde que existe.

Vicente Pelechano
Universidad de La Laguna, Tenerife

La rebelión psicoterápica y la esperanza en el pasado

Tenemos que volver a mirar hacia el pasado para recuperar la esperanza de entender en qué metimos la pata: el mundo se hizo global sin haber dejado de ser anómico, antes bien: se globalizó como consecuencia de la desregulación favorable a los mercados sin fronteras. Pero en la globalización, algo le acontece al globo y en él a nuestras cabezas. A menos que, como anuncian ya algunos economistas, el globo pinche o se deshinche a consecuencia de la ineludible mediación del transporte y el encarecimiento y escasez de carburantes en el seno de las crecientemente malas relaciones entre producción, distribución y consumo, van a ser -¡son ya!- muy lamentables los efectos que en la mente humana provoque la “anomia global” en que vivimos. Y de eso trata este libro: de lo que pasa en los humanos con mente y en la mente de los humanos cuando la población se ve globalmente afectada por la falta de vínculos, de identidad y de valores normativos (“anomia

social” según E. Durkheim), a medida que, para favorecer los mercados, van desactivándose “liberalmente” los mecanismos jurídicos que puedan garantizar derechos con carácter general (“a-nomia” a secas, “sin ley” o “desregulación”, en el sentido más literal). ¿Cómo seguirá afectándonos mentalmente el hundimiento de lo que ya está irreversiblemente globalizado pero también abocado, sin embargo, al derrumbe, cuando llegue a hacerse insostenible la pirueta arquitectónica de una economía altamente artificial (todos sabemos que un artefacto es algo hecho artificialmente) y especulativa, sin base suficiente en el trípode “producción-distribución-consumo”? Los expertos que no estén decididos a mentir reconocerán (ya lo hacen) que el desplome no puede tardar mucho. Cabe estar avisados, además, de que, aun no siendo poco el dolor mental de quienes lleguen a conocer a fondo los quebrantos de la insostenibilidad y el temible hundimiento de lo vigente, aún sería más indeseable el “triumfo” (que alguna derrota arrastra para alguien) de la rara habilidad de unos pocos para mantener insolidariamente erecta la peripecia globalizadora a costa de la impotencia de la mayoría. Pero aun sin que avancen más los efectos globalizadores y sin esperar al derrumbe de lo insostenible, ya están a la vista los generales efectos de una pérdida de identidad, valores normativos y vínculos. Tales pérdidas globales generan intenso sufrimiento entre los habitantes humanos del planeta. Otros habitantes no humanos (batracios, abejas, árboles,...) se limitan a desaparecer silenciosamente, sin quejas o sin que, al menos, podamos oírlas.

Pero este libro, osado y denunciante, también trata de la esperanza en una rebelión pendiente, cuando han pasado cuarenta años del intento de Mayo del sesenta y ocho. Aquí se postula la necesidad de laborar a favor de los vínculos emocionales y afectivos entre personas humanas, para rehabilitar las conciencias, propagar nuevas actitudes higienizadoras y desarticular ilusionadamente la falaz estrategia lingüística que afirma que las palabras “individuo” y “átomo” significan no ya íntegro o entero (en una época en la que su desintegración deviene fuente principal de energía, tanto física como de fuerza de trabajo) sino aislado o solitario. “Ande yo caliente, ríase la gente” es una buena síntesis del egoísmo insolidario, hecha en pasados siglos a partir de la observación popular reiterada, pero se logró gracias al lenguaje corriente, sin necesidad de pervertirlo. Hoy somos mucho más sofisticados: se miente más y se pervierte impunemente el lenguaje. Hay predicadores éticos de la actual post-modernidad, que, por reacción contra el “rigorismo kantiano”, defienden la moda americana de que “mentir no es tan malo”, e incluso puede ser un deber porque entraña la posibilidad de favorecer las propias conveniencias. ¿Les suena Irak? El problema está en aclarar, entonces, para qué sirve el lenguaje y cuáles son sus reglas. Átomo e individuo (“indiviso”) significa, nada menos, enterizo, íntegro y sin doblez, lo que siempre se consideraba una saludable virtud; pero ahora nos han convencido de que “individuo” significa solo y desvinculado, lo cual constituiría, de ser posible, una desgracia, que sin embargo nos está siendo vendida a diario, en el mercado de la más rabiosa actualidad, como colmo y medida de la mayor potencia narcisista: la capacidad de bastarse a sí mismo. Átomos sueltos ¿alguien los ha visto? Sólo en laboratorios y más especulativa que presencialmente. Los átomos “existen”, pero únicamente “están” agregados, formando moléculas, y las moléculas formando cuerpos y fluidos. Y lo que hoy no hay son cuerpos o fluidos sociales porque los vínculos sin garantías se degradan y las garantías jurídicas están pervertidas por las concepciones neo-liberales y neo-conservadoras: sólo querrían que se garantizase, ya, el éxito mercantil en condiciones universalmente homologadas, y eso podría lograrse, quizás, mediante una democracia formal apta para la exportación.

Para la exportación de grandes déficits democráticos, que son eficaces y efectivos en procurar resultados económicos inmediatos, aunque reviente el mundo, se desportille el medio ambiente y enloquezcan de envilecimiento narcisista los pobres humanos llamados al glamour de las nuevas sirenas.

Este libro, que no puede incidir directamente tanto como quisiera en un necesario rearme moral de la especie y en el imprescindible repunte venidero de la regulación universal de garantías sociales para la protección de la vida humana, sí puede, al menos, poner su esperanza y la de los lectores en una orientación psicoterápica de la rebeldía a favor de los vínculos afectivos y emocionales entre miembros de la especie. Así que, ¡vaya!, -dirán algunos- ¿un nuevo libro coyuntural y oportunista que promueve y publicita los beneficios de una actitud (la mentalista actitud psico-higiénica y psicoterápica) ya caduca, en lugar de promover los beneficios de las más serias profesiones, con más prestigio y poder real, como la psico-farmacología y las tecnologías punta, más o menos emparentadas con la industria bélica? ¿Un nuevo intento de esa pandilla de desharrapados resentidos, hijos del “mayosesentaiochismo” y de la modernidad ilustrada y carroza, para asomar la nariz y meterla irrumpiendo incómodamente en el puro ámbito de la aséptica y glamorosa post-modernidad an-ética, limpia de polvo y paja? ¡Ojalá podamos meter la nariz y sacar la pata! -responderían los autores de este libro. En realidad, sin abusos de lenguaje, éste es un libro de contenidos bastante menos coyunturales y oportunistas, y por tanto menos optimista, que los habitualmente enarbolados por el pensamiento único: sí, ése que no contiene ni un solo pensamiento, pero que, en su pura y cristalina perfección transparente, hace evidentes las más pragmáticas intenciones. Ese es el pensamiento que hoy ya sostienen en público muchos que hasta hace poco todavía cultivaban el (¿sucio y bajo?) pensamiento crítico: o sea, fundamentador y socabador de lo no fundamentable. El egoísmo individualista no es fundamentable como “bien común” sino sólo como lo que es: egoísmo individualista. Otra cosa es si somos capaces de practicar lo fundamentable: que el “bien común” es un egoísmo colectivizador, una necesidad socializadora inesquivable, requerida por la convivencia social e imprescindible para la supervivencia biológica de la especie y de cada uno de sus miembros aún no fenecidos.

Hoy los dirigentes no necesitan justificar ni legitimar sus ideas, y en especial no necesitan fundamentar la de que el Estado es una gran empresa obligada a hacer beneficios y a retirar las trabas que impidan producirlos. ¿No vemos proliferar (y encima nos gritan y riñen) a los apologetas de la desregulación que, con el bienpensante pretexto –hecho coartada– de que hay que acabar con las burocracias de la nomenclatura, desearían acabar con lo que consideran “trabas al desarrollo”? ¡Claro que habría que acabar con todo eso, pero no a base de desregulaciones que conviertan la sociedad en una selva de humanos estratégicos sin escrúpulos! ¿De qué “desarrollo” nos están hablando? Pensadores respetablemente críticos hasta hace bien poco (a alguno de los cuales se cita todavía en libros como éste, pero no por mucho tiempo) defienden ya sin ironía que en el Estado postmoderno los fondos públicos deben servir para satisfacer y propagar el mal gusto de aceptación “popular”, porque quienes asumen las tendencias a la degradación son más que los dispuestos al sostenimiento del buen gusto. *Panem et circenses*. La falta o la insuficiencia de regulación disuasoria de la degradación del gusto por los “medios de manipulación de masas” (¡las tres “emes”!), tiende a convertirse en la matriz de un negocio seguro, porque “cuesta abajo y sin frenos hasta las heces corren”. El pudrimiento avanza con espontánea ferocidad creciente, a ritmos de constante aceleración exponencial.

No es tan coyuntural y oportunista este libro que, al proclamar discreta e implícitamente y sin gritos ni regaños, la rebelión de intentar mantener una actitud de higiene mental y de sensibilidad psicoterápica, propicia vínculos solidarios, denuncia la promoción de los sufrimientos humanos a gran envergadura y proclama que aunque los dolores sean “nada más” físicos (la rotura del meñique, por ejemplo) siempre son, además, necesariamente mentales. Proliferan las enfermedades que justifican el uso de nuevos fármacos. Aparecen “nuevos diagnósticos” y “nuevos fármacos” incluso para tratar “trastornos mentales” a los que se les supone un trasfondo psico-orgánico, neurofisiológico, y genético, en definitiva “corporal”. Pero ¿qué es “tratar”? ¿Qué es esto de “corporal y mental”? ¿Qué ha llegado a significar “persona”? ¿Qué enfermedad puede decirse que es el “glamour”, el mal gusto, la chabacanería “kitch” de los voceros de la fama y de sus cómplices y muñidores del “paparachismo” y “la dulce vida”? Cuando papanatas y paparachis dominan el mundo, el espectáculo caníbal globalizado está servido. El carnavalismo caníbal, convertido en “glamour escénico”, deviene su propia documentación propagandística y ya sólo cabe estar contra la imagen si no se quiere caer bajo la imagen (con Derrida, Bauman y Braudrillard, aproximadamente). Y de eso trata también este libro no tan coyuntural y oportunista como para resultar optimista: el libro contempla su propio fracaso y el de sus postulados salutíferos. En él se reconoce la lamentable inviabilidad de una deseable rebelión psicoterápica, de la que nos alejamos más y más a medida que se hace más necesaria, como pasa, hoy por hoy, con el cumplimiento del protocolo de Kioto, el Tribunal Penal Internacional, el control de los transgénicos, la regulación de la sopa electromagnética en que nos cancerizamos a diario en las sociedades avanzadas, mientras matamos de abandono a los portadores de nuestra única esperanza supervivencial: los emigrantes.

Es decir que el libro que comento, ni oportunista ni optimista pero confío en que tampoco desesperante, es un vivo alegato realista, la voz potente de una queja que anuncia “acontecimientos por venir” (Derrida) nada halagüeños, ante los que lo único que no vale para nada es taparse los ojos. Es un libro valiente y lúcido en el que editor (Herder), compilador (Antoni Talam) y numerosos autores (trece en total) asumen una ejemplar responsabilidad. Son muchos autores (nada supersticiosos, puesto que trece) y muchos enfoques compatibles de posibles vías y líneas diferentes de trabajo que, custodiando en común las ventajas del compromiso pragmático-ideológico, sustentan diversas prácticas psicológicas cargadas de intención fundamentadora y crítica. Intentan así hacer frente común contra la proliferación especulativa de teorías bienpensantes que le lavan la cara y sanean la cuenta corriente de los grupos de presión que dominan el mundo. Entienden que hemos pasado de “la época del poder y contrapoder” a la de “la hegemonía” (Gramsci, Braudrillard) y comparten alternativas basadas en la consideración de “la mente como dimensión, vía de acceso y exigencia de personalización”, en pos de una existencia algo más autónoma, algo más solidaria y algo más gozosa (Font y Gol): no anómica ni meramente heterónoma. Si de lo que se trata no es ya de enfermedades sino de sufrimientos, lo primero que habrá que hacer es desenmascarar la hipochondriasis social y el prurito medicalizador del “Estado clínico” (Sabater) que extirpa, anestesia, somete y priva de autonomía y de valencia social positiva a los sujetos convertidos en átomos, individuos disociados, des-asociados e infirmes. A estas alturas ya deberíamos ser conscientes de que los tratamientos sintomáticos o de alivio y la esculturización plástica de los cuerpos nos privan de conciencia en un doble sentido: eliminan la posibilidad de que nos hagamos conscientes y nos alejan del remordimiento por la pérdida de los valores cuya degradación causa el dolor mental y el remordimiento que quisiéramos aliviar.

Si no nos queda la opción de declarar “sin mente” o “sin conciencia” a los humanos o de acusar de “talibán” a la mayoría de la especie para poder combatirla y eliminarla “en defensa propia”, si no acabamos por renunciar a tratarnos unos a otros “como si tuviéramos un alma” (aunque nadie postule que el alma exista, como aclaró Wittgenstein), si nadie hace de la existencia de la libertad una tesis filosófica o científica hartamente discutibles sino un obvio reconocimiento de los niveles de intimidad (consciente o inconsciente y a veces inconfesable) en que asientan las decisiones, si no damos ya por perdido “el mismo barco” en el que viajamos todos, aún nos queda la opción de agruparnos en torno a la noción de “lo mental”: declaramos mentales a todos los acontecimientos humanos, incluida la creciente perversión de los programas I+D, que cada vez más tienden a invertir e invertirse en D+I: Drogas e Información manipulada, o D+P: Desinformación y Propaganda. Seamos conscientes de que vivimos en “estado de excepción” (Agambem), que donde hay decretazos no mandan parlamentos, y de que nunca podremos eliminar la mente porque ni en los más indudablemente físicos y parciales de mis sufrimientos (como quebrantar mi dedo meñique) deja de participar nunca la persona completa ni de producirse siempre “dolor mental”, aunque anestesiemos la sensibilidad periférica. ¿No se entiende que las exigencias éticas emanan de una “fisis” que es “nomos” y que constituyen la mejor inversión biológica de nuestro egoísmo colectivo (Wagensberg)? Frente a la primera opción de declarar sin mente a los humanos, muy justa y necesariamente rechazada de entrada porque se la reconoce letal pero en gran medida vigente y en próspero desarrollo, este libro valiente y comprometido con la vida y la esperanza opta por todas las opciones contrarias a aquella primera: *Memento mentem habes*.

¿Y qué es tener una mente? Es tener memoria y recuerdos, almacén de bits y vínculos afectivos, genoma y epigenoma, programas y activación o desarrollo de los programas, pre-inscripciones (programa o lenguaje genómico) e idiomatización (contextos y sintaxis o tejidos de lo preinscripto), determinación (materia) y sentido (valores). Tratar con mentes es volver atrás respetando los orígenes y sacar la pata de donde no quieren que metamos la nariz. Tratar con mentes es reparar, volver a pararse y regresar (retro-progresar) para rescatar del pasado, por afecto, por justicia y por deseos de restauración, lo que fue maltratado cuando unos a otros nos privamos de reconocimiento personal. Epicuro llamó *therapeia tēs psijēs* (psicoterapia) a los diálogos éticos que se practicaban en su Jardín: Diálogos (*logos* en *diastesis*) sobre hábitos comportamentales, sobre costumbres (*ētos*), con los que él y sus amigos confiaban en evitar o aliviar ciertos sufrimientos y orientarse mejor en sus vidas. ¡La de quebraderos de cabeza que asumimos por preferir ser “pacientes” (pasivo-receptivos) a “agentes” (sufridores, de *sub-fero*, el que soporta, el que asume, el que lleva encima)! Epicuro pudo hacerlo después de una gran crisis (la del *demos* en la *polis*) de la que a duras penas levantamos cabeza durante dos largos milenios y tercio. Nosotros vamos a tener que intentarlo, me temo, antes de que la crisis llegue. Pero me parece que lo irreversible de la globalización constituye ya una crisis o ruptura o giro, algo ya ocurrido o sido, con lo que forzosamente tendremos que apechugar. Ojalá sepamos hacerlo con nobleza y naturalidad, naturalizándonos con la naturaleza a partir del reconocimiento de nuestro carácter de personas, que lo son quienes íntimamente optan y adoptan una actitud de la que responden, para responder a una situación. Ojalá lo vayamos haciendo ya, antes de que el triunfo insostenible de unos pocos, en esta civilización y cultura de mercado, imponga a la inmensa mayoría un terrible e insoportable “malestar en la cultura”.

¡Buena suerte con la lectura de este libro, lleno de sensibilidad, valentía y buen gusto! El buen gusto, hoy, no puede ser cobarde. El mal gusto imperante no puede ser valiente. El envilecimiento de los que pueden imponer dolor a los más débiles, nunca puede gozar de valentía ni de buen gusto, porque carece de toda sensibilidad. ¡Ojalá se sientan aludidos muchos de los que, con toda seguridad, no leerán este libro!

Enrique de la Lama López-Areal
Fundació Vidal i Barraquer, Barcelona

GONZÁLEZ PARDO, H. Y PÉREZ ÁLVAREZ, M. (2007). *La invención de trastornos mentales. ¿Escuchando al fármaco o al paciente?* Madrid: Alianza. (1ª reimpr. 2008.) 350 páginas.

¿Más conductismo y menos Prozac?

Cuando a uno le tachan públicamente de inmoral tras haber escrito un libro puede darse por satisfecho si lo que pretendía era poner el dedo en alguna llaga. El Dr. Marcos Huerta, como miembro de la junta directiva de la Sociedad Asturiana de Psiquiatría, declaró al periódico *La Nueva España* de Oviedo (02/12/07) que «hablar de la invención de las enfermedades mentales en un país donde hay más de 400.000 personas que sufren esquizofrenia no sólo es frívolo, es inmoral. Seguramente es una mezcla de ignorancia [...] y de intereses espurios, bien personales o corporativos». Los autores replicaron en el mismo periódico al cabo de pocos días subrayando lo obvio: que esa crítica parecía estar basada en la mera lectura del título y no en la del libro completo. Héctor González y Marino Pérez niegan la existencia de problemas psicológicos. Niegan que estos problemas deban tratarse como enfermedades: «los trastornos mentales, sin dejar de ser reales y algunos suponer un enorme sufrimiento, lejos de ser entidades naturales como, por ejemplo, la diabetes, la hepatitis o el alzheimer (éstas sí son enfermedades), son entidades interactivas [...] susceptibles de ser influidas (modeladas y reconstruidas) por el conocimiento que se tenga de ellas, incluyendo la cultura clínica de la gente, la sensibilización de la población y las prácticas clínicas (teorías, diagnósticos, técnicas, etcétera). Por eso pueden terminar como supuestas enfermedades, pero no porque estuvieran ahí dadas esperando a ser descubiertas (diagnosticadas), sino por una serie de factores y actores implicados en una escala cultural» (*La Nueva España*, 09/12/07).

La anterior cita ya nos proporciona las claves de la tesis que se sostiene en el libro: existen –nadie lo pondría en duda– problemas vitales, pero convertirlos en problemas médicos, en enfermedades, no es la mejor manera de enfrentarse a ellos. Asimilarlos a un modelo clínico como el de la medicina equivale a crear lo que antes no había: una enfermedad que, por analogía con las enfermedades físicas, debe diagnosticarse de acuerdo con ciertos criterios nosológicos y someterse a un protocolo terapéutico en el que, además, la función más importante la desempeñan los fármacos. Como es de esperar, en el libro resuenan los ecos de la antipsiquiatría, y de hecho el Dr. Marcos Huerta, en las declaraciones que mencioné arriba,

Anuario de Psicología, vol. 39, nº 2, septiembre 2008, pp. 269-281
© 2008, Universitat de Barcelona, Facultat de Psicologia

se refiere a los pacientes psiquiátricos y a sus familias como «las víctimas de la ceremonia de confusión que algunos sacerdotes preconciarios, ordenados en los tiempos de la antipsiquiatría, montan desde sus púlpitos» (*loc. cit.*). No obstante, el tono del libro es, me parece, menos radical que el de autores “preconciarios” como Thomas Szasz, Ronald Laing o Michel Foucault. Lejos del aire contracultural de algunos escritos antipsiquiátricos, y aunque ciertos juegos de palabras recurrentes podrían despistar al respecto (p.ej., «en absoluto se niega que los trastornos dados no sean hechos reales», lo que se plantea es cómo son *hechos reales*», p. 16), el libro es impecablemente académico. Su desarrollo está guiado por dos tesis bien explícitas al servicio de las cuales se pone una considerable cantidad de información y las oportunas referencias bibliográficas. La primera tesis es que los trastornos mentales son construcciones generadas por la psiquiatría y la psicología. La segunda tesis es que la pluralidad de enfoques terapéuticos es consustancial al carácter abierto de la vida humana, que es donde se producen esos mismos problemas que son tratados como trastornos mentales.

Tras una introducción que anticipa el argumento del libro, éste se divide en tres partes. La primera muestra los procedimientos en virtud de los cuales los saberes *psi* –por decirlo con una expresión foucaultiana que los autores no emplean– promueven la patologización de los problemas vitales. El “efecto Charcot” (cuyas pacientes histéricas, como es sabido, acababan siguiendo el guión que él mismo, sin saberlo, les marcaba) se utiliza como sinécdoque de lo que ocurre a gran escala en nuestra sociedad: la creación de unas enfermedades mentales cuya fenomenología aparece ya ajustada a los criterios diagnósticos de referencia, los cuales a su vez van ligados a todo un repertorio de sustancias psicoactivas que la industria farmacéutica promueve por todos los medios, algunos tan dudosos desde el punto de vista ético como el *marketing* directo a los posibles pacientes (no deja de ser cómico el anuncio televisivo norteamericano transcrito en la pág. 43, donde se publicita un compuesto de paroxetina como si fuera una pomada para las hemorroides) o la “escritura fantasma”. Esta última consiste en que las compañías encargan textos científicos sobre nuevos medicamentos a agencias de comunicación y éstas los contratan con autores de prestigio dentro de la especialidad. La agencia gestiona la publicación y los autores normalmente se limitan a consentir que su firma aparezca en unos textos escritos por “negros”. (Huelga decir qué tipo de resultados presentan estos textos en cuanto a las virtudes de los fármacos en cuestión.)

La segunda parte, en la que quizá se hubiera agradecido una mayor claridad a la hora de exponer la nutrida información que se presenta, repasa lo que sabemos sobre psicofarmacología y llega a conclusiones bastante poco alentadoras para la psiquiatría biológica y un tanto sorprendentes para el gran público, el cual da por supuesto –creo– que si los médicos recetan *pastillas para los nervios* es porque éstas han demostrado una eficacia clara e indudable. Ahora bien, ni se defiende la medicación cero ni se niega que ciertos fármacos ayuden a aliviar, en muchos casos, ciertos síntomas. Se niega que esto demuestre el origen neurobiológico de los problemas psicológicos. Por lo demás, se muestra que los ensayos clínicos con nuevas sustancias –en realidad, variantes moleculares de las mismas que se vienen utilizando desde hace medio siglo, cuando la psiquiatría abandonó el formato psicoanalítico y se medicalizó– contienen presupuestos científicos más que dudosos sobre la extrapolación desde los tubos de ensayo o los animales hasta los pacientes humanos. Y se muestra asimismo cómo las corporaciones farmacéuticas presionan para que las pruebas clínicas vayan en la dirección adecuada. La sensación que uno tiene al terminar esta parte del libro es, resumiendo mucho, que los psicofármacos funcionan de una mane-

ra limitada en algunas ocasiones y que, de todos modos, tampoco sabemos muy bien por qué lo hacen.

La tercera y última parte de la obra, de un modo simétrico a la segunda, repasa el estado de la cuestión de las psicoterapias, e igualmente llega a conclusiones un tanto sorprendentes para quien crea en una suerte de psicología científica de la que deriven aplicaciones terapéuticas técnicamente refinadas y que hayan dejado atrás prácticas clínicas *no científicas* como el psicoanálisis. Ahora veremos por qué. Antes me apresuro a matizar que esas conclusiones de la tercera parte del libro no son exactamente simétricas respecto a las de la segunda parte. Da la impresión de que, mientras la psiquiatría –o, por ser más precisos, los enfoques psiquiátricos de índole biológica– sale muy mal parada de la obra, la psicología sale, en cambio, bastante airosa. Esto es así pese a que en varias ocasiones se subraya que el libro no va dirigido contra la psiquiatría. No es un libro de psicólogos contra psiquiatras. El objeto de crítica es, más bien, el modelo médico de los problemas psicológicos; y se subraya que el modelo médico está presente tanto en la psiquiatría como en la psicología, independientemente de que esta última no recurra a fármacos (aunque en algunos estados norteamericanos los psicólogos sí pueden recetar). De igual modo, los modelos alternativos al médico no sólo se encuentran en la psicología, sino también en la psiquiatría, donde hay enfoques fenomenológicos y existenciales.

Ahora bien, siendo verdad que las críticas del libro no van dirigidas contra el gremio de los psiquiatras desde el gremio de los psicólogos, también es verdad que los autores defienden que es la perspectiva psicológica la que permite comprender los “trastornos mentales” en su verdadera dimensión. En este sentido, va implícito que las corrientes psiquiátricas que se librarían de la crítica serían justamente las más cercanas a una mirada psicológica. Claro que en el libro, como ya he indicado, se problematiza la propia psicología, o mejor, la psicoterapia, los tratamientos psicológicos. La tercera parte casi podría leerse de manera autónoma como una breve clasificación –rigurosa, informativa y crítica– de las diferentes estrategias terapéuticas realmente existentes en psicología. En todo caso, aquí se instancia la segunda de las tesis sostenidas por los autores: que la pluralidad de estrategias terapéuticas es un reflejo de la pluralidad de “maneras de vivir”, por tomar prestado el título de la canción de Rosendo.

Los tratamientos psicológicos repasados se clasifican en cinco sistemas: el psicoanálisis y la terapia psicoanalítica, la psicoterapia fenomenológica y existencial, la psicoterapia centrada en la persona y experiencial, la terapia de conducta y cognitivo-conductual, y las terapias de familia. Entre las conclusiones del repaso sorprende una: que, estudios empíricos en la mano, un tratamiento psicológico es mejor que la ausencia de cualquier tratamiento, pero ningún sistema psicoterapéutico se ha revelado como más eficaz que otros. No sin ambigüedades –a las que me voy a referir enseguida–, los autores del libro señalan además que esa eficacia probablemente se deba a componentes genéricos de todas las psicoterapias, y en concreto a cuatro efectos que no sólo son difíciles de controlar, sino que, antes bien, constituyen algo así como condiciones trascendentales de la terapia psicológica: el efecto placebo (la propia ceremonia psicoterapéutica es ella misma sanadora), el efecto Barnum (la gente tiende a reconocerse en los informes psicológicos), el efecto Pigmalión (el empeño en que el paciente cambie promueve el cambio) y el ya mencionado efecto Charcot (los cuadros clínicos como psicodramas generados por el psicólogo). En las págs. 224 y 225 se precisa que estos efectos se canalizan a través de una determinada

escenografía, de un ritual concreto, de una relación formal de especialista frente a cliente, y de una mitología o sistema de creencias compartido por ambos.

Héctor González y Marino Pérez indican que esos cuatro efectos son, en el fondo, inevitables («debido precisamente al carácter histórico-cultural más que neurobiológico-natural de los trastornos», p. 222), por lo que más que minimizarse podrían utilizarse conscientemente –al menos algunos de ellos– potenciando sus efectos positivos. Y es a la hora de preguntarse si existen efectos específicos en los diferentes sistemas terapéuticos cuando los autores muestran, en mi opinión, ciertas oscilaciones o ambigüedades. Pues, de un lado, reconocen que la obsesión por hallar técnicas psicoterapéuticas eficaces es poco más que un remedo de la exigencia médica de encontrar fármacos eficaces, pero, de otro lado, admiten que *una guía de tratamientos psicológicos eficaces* (así se titula, por cierto, la que en dos volúmenes coeditó Marino Pérez hace cinco años) es poco menos que irremediable: «El modelo médico de psicoterapia es ciertamente dominante. Su estatus actual viene amparado por el movimiento de los “tratamientos empíricamente apoyados”. El movimiento de los “tratamientos empíricamente apoyados”, se ha de recordar, es un movimiento “forzado” por las “guías psiquiátricas” (a su vez influidas por la “medicina basada en la evidencia”), de manera que si la psicología clínica no ofrece sus “guías de tratamientos psicológicos eficaces” equivale a que no existe. Ahora bien, otra cosa es que el movimiento de los “tratamientos psicológicos eficaces” sea la última palabra de la terapia psicológica» (p. 228). Todo el argumento del libro está montado sobre la crítica al modelo médico de los problemas psicológicos y la apuesta por la alternativa que los autores denominan «modelo contextual», que «entiende el problema presentado (que no sería necesario identificar como un “trastorno mental” cual cuadro de síntomas) en el contexto biográfico de la persona y sus circunstancias. Así, la terapia psicológica consistiría más que nada en la prestación de una ayuda dada en el contexto de una relación interpersonal, se excusaría decir que profesionalmente concebida» (p. 19). Sin embargo, se reconoce que ese modelo contextual, aunque no inédito en la historia, apenas está siendo atisbado actualmente («resulta difícil ver que las cosas pudieran ser de otra manera», p. 228). Además, se dice de una forma expresa que el modelo contextual no se identifica con ningún sistema psicoterapéutico concreto, sino que equivale más bien a un modo de enfocar el proceso de la terapia («se trata, propiamente, de dos planteamientos metateóricos, de dos concepciones [médica o contextual] de la psicoterapia», p. 229). Recordemos que el modelo médico no es exclusivo de la psiquiatría. En su versión reduccionista consiste en la suposición de que los “trastornos mentales” son enfermedades como cualesquiera otras, o mejor, conjuntos de síntomas (síndromes) causados por anomalías fisiológicas del cerebro (mayormente desequilibrios de neurotransmisores) tratables sobre todo mediante fármacos. Pero todo el arsenal de criterios diagnósticos y de categorías psicopatológicas que en las últimas décadas no ha hecho más que crecer, se pone al servicio no sólo de los psiquiatras sino también de los psicólogos, que para no perder la comba de la cientificidad lo utilizan de buen grado. Y son precisamente algunas de las tendencias psicoterapéuticas más preocupadas por competir con la psiquiatría biológica las que, obsesionadas por demostrar que sus técnicas específicas son más eficaces que otras, han acabado aceptando las reglas de juego del modelo médico, como los propios autores del libro parecen admitir.

La ambigüedad es, quizá, inherente a la propia psicología en tanto que psicología *clínica*. No puede compartir el reduccionismo del modelo médico y a la vez, obligada a mostrar la eficacia de sus técnicas terapéuticas –cada escuela las suyas–, da por bueno

dicho modelo. Acepta las categorías psicodiagnósticas y, con ellas, la consideración de los problemas psicológicos como enfermedades. Tal vez por eso es difícil hacer lo que declaran los autores del libro: mantener que el modelo contextual está por encima de las escuelas psicoterapéuticas y, al tiempo, defender su superioridad frente al modelo médico. A este respecto es curioso que, tras haber declarado que el modelo contextual no se aviene con ninguna escuela psicoterapéutica en concreto, en el capítulo 13 se acabe identificando dicho modelo –un tanto subrepticamente– con el análisis de la conducta de raíz skinneriana, que sin embargo está notablemente ligado a las tendencias preocupadas por competir en eficacia con la psicofarmacología, y en ese sentido es cómplice de todo lo que implica el modelo médico. En el libro la perspectiva conductista se contrapone a la cognitiva y no se ocultan las simpatías que suscita a los autores, por más que algunas páginas atrás se hubiera dicho que las técnicas psicoterapéuticas concretas no funcionan sino sobre la base de relaciones inespecíficas entre el terapeuta y el cliente, cuyo trasfondo son los cuatro efectos señalados antes (placebo, Barnum, Pigmalión y Charcot). Pese a esto, sin evitar la confusión terminológica con el modelo contextual común, según ellos, a cualquier psicoterapia, los autores apuestan con poco disimulo por un “enfoque contextual” concreto, a saber: el análisis skinneriano de la conducta interpretado desde una perspectiva fenomenológica. Lo describen así: «El enfoque contextual trata de entender la conducta en relación con las condiciones ambientales, definidas en términos de sus funciones discriminativas y reforzantes [...] No es que el enfoque contextual ignore las condiciones subjetivas [...] sino que las da por incorporadas en las funciones del contexto, que se ofrece ya al sujeto en la propia escala de las operaciones que es posible hacer» (p. 288).

Si no contamos con criterios mínimamente sólidos para elegir uno u otro sistema psicoterapéutico porque su eficacia no depende de sus técnicas específicas sino de factores genéricos a cualquier psicoterapia, ¿en virtud de qué preferir el análisis funcional skinneriano en su versión fenomenológica? ¿En qué sentido es *mejor*? Héctor González y Marino Pérez señalan que la pluralidad de escuelas psicoterapéuticas no es un signo de la debilidad epistemológica de la psicología, sino más bien un reflejo de la pluralidad misma de modos en que se puede concebir la vida humana –algo así como un fractal psicológico de lo que a una escala antropológica revela el carácter históricamente inconcluso y esencialmente abierto de lo que significa ser un sujeto humano–. Pero entonces o nos creemos que el conductismo skinneriano pasado por el tamiz de la fenomenología es científicamente más válido (y no parece ser esa la cuestión) o nos creemos que es terapéuticamente más eficaz (y tampoco parece ser el caso) o debemos justificar nuestra elección acudiendo a consideraciones de índole moral, política y, en general, relativas a toda una antropología filosófica en la cual, ahora sí, se insertaría el sentido de nuestra elección terapéutica, la cual ya no sería, desde luego, formalmente psicológica.

Por lo demás, a propósito de la contraposición entre el modelo médico y el modelo contextual que recorre prácticamente todo el argumento del libro, no deja uno de tener una sensación de callejón sin salida cuando de lo que se trata es de criticar el modelo médico (vale decir, clínico) asumiendo hasta sus últimas consecuencias, como parecen hacer los autores, que la psicología clínica tiene su razón de ser y que, en todo caso (supuesto que ella es ya un hecho institucional irreversible), puede y debe definirse el tratamiento psicológico como «un procedimiento interpersonal basado en conocimientos dados en la psicología y que implica un terapeuta facultado y un cliente que presenta quejas, problemas o trastornos» (p. 214), lo que excluye cosas tales como «los libros de autoayuda», los «tratamien-

tos sustentados en lo oculto, en la religión, en creencias culturales de “pueblos indígenas” o en discursos y prácticas del movimiento conocido como *new age*» (*ibid.*). La cuestión, a mi juicio, es si la psicología puede seguir siendo psicología clínica renunciando del todo al modelo médico, que –recordémoslo– no consiste simplemente en la prescripción de fármacos sino que implica toda una nosología. Cuando Michel Foucault hablaba de la genealogía de la mirada clínica pensaba prioritariamente en la medicina, pero terminaba por incluir también a todos los saberes del campo *psi*, esto es, a todas las prácticas institucionalizadas de control de cuerpos... y almas. La otra historia que contaba Foucault, por cierto, era la de las “tecnologías del yo” (la confesión, los ejercicios espirituales, las meditaciones...), antecedentes de la psicoterapia contemporánea que, sin embargo, no adoptaban el formato clínico sino más bien el formato práctico de los saberes artesanales, aunque el mundo moderno las subsumió en los aparatos de control clínico. El dilema de la psicología, entonces, quizá sea el de venderse al modelo clínico (médico) y hacerle el juego a la psicofarmacología y a la psicopatologización de la sociedad, globalizando el efecto Charcot (los propios autores hablan a este respecto del “gran teatro del mundo”), o bien dejar de buscar la respetabilidad de una ciencia aplicada y reencontrarse con aquella dimensión artesanal que quizá sí se avenga con el modelo contextual defendido en el libro. Claro que, en este caso, el precio a pagar tal vez fuese el de perder su entidad disciplinar, académico-profesional; algo que, desde luego, no parece encontrarse entre los anhelos de un libro que, por lo demás, se halla dentro de esos de los que uno piensa que deberían ser de lectura obligatoria para los estudiantes de psicología (y de psiquiatría).

José Carlos Loredó Narciandi
UNED